

José Luis Melgarejo Vivanco: Ciencia y conciencia de Veracruz

Como corresponde a toda ciudad que se precie de ser una nueva versión, reducida o reciclada, de la Atenas clásica, la nuestra posee también una brillante generación de intelectuales (filósofos, antropólogos, hombres de letras y jurisperitos) entre la cual podrían hallarse más de siete sabios: Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón, Othón Arróniz, Carlo Antonio Castro, Alfonso Medellín Zenil, entre otros. Tal y como sucedió con aquellos sabios de la antigüedad, la lista podría variar porque ellos mismos, con la humildad que les compete, habrían cedido finalmente el trípode de Helena al dios consagrado en Delfos. No me cabe la menor duda, que el magisterio que han ejercido hasta las generaciones de este nuevo siglo, hace de ellos una generación cuyos nombres estarán inscritos en el frontón de la cultura veracruzana. Entre ellos, se encuentra el maestro José Luis Melgarejo Vivanco.

No tuve el privilegio de asistir a sus cursos; no obstante, más allá de la única entrevista que accedió a ofrecerme como redactor de *Extensión*, nuestra vieja revista de divulgación científica, para la que redactaba una escueta nota acerca de las instalaciones del antiguo Museo, le conocía muchos años atrás, gracias al fervor con el cual mi abuelo memorizó las 197 toponimias de los municipios veracruzanos. Don Pino Domínguez había releído una y otra vez aquel tomito publicado por Editiv en 1950 y gracias a él se interesó por la lengua náhuatl. La entrevista se produjo cuando el maestro fungía como director del Instituto de Antropología; me recibió con la formalidad institucional esperada, y facilitó mi trabajo en un tema que conocía con precisión. Anciano, parco, reflexivo, me acompañó por cada una de las salas sin hacer alarde de esa erudición que fluía naturalmente, detrás de cada frase.

No es, sin embargo, el trato o los recuerdos personales lo que me trae a este homenaje; me parece que el recuento biográfico e intelectual del maestro Melgarejo ha tenido, al par de su grandeza, magníficos relatores, como lo son, por citar sólo un ejemplo, aquella realizada por Gilberto Bermúdez Gorrochotegui; la breve pero concisa semblanza traza el itinerario biográfico e intelectual del maestro con una precisión impecable (Melgarejo, 2008, 17-22). Tampoco me compete glosar el innumerable catálogo de obras de carácter histórico o antropológico, con los cuales enriquece la investigación no sólo de Veracruz y que llena varias páginas del catálogo de la Unidad de Servicios Bibliotecarios de nuestra universidad: la lectura e interpretación de códices, las historias de las ciudades más relevantes del estado, los ensayos de investigación antropológica, la

descripción específica de obras maestras de las culturas del Golfo. Quizás lo que me resulta más próximo, y de ello quiero comentar aquí, es acerca de sus navegaciones por la poesía, en la que están incluidos los poemarios *Vieja rima* (Tlatoani, 1964); *Atavismo litoral* (Gobierno del estado de Veracruz, 1992) así como, en más de un sentido, el ensayo de antropología social titulado *Los jarochos* (Gobierno del estado de Veracruz, 1979).

Me llama especialmente la atención cómo un hombre tan reservado se sincera a través de la escritura y nos permite adentrarnos en su intimidad, personal y de pensamiento, con lo cual podemos construirnos la imagen de un sujeto consecuente entre su hacer y sus ideales, pero también de un ser apasionado, perspectiva que hace de su poesía un auténtico testimonio. Con todo, buena parte de esa producción se hace pública cuando el maestro frisaba medio siglo de edad. En *Vieja rima*, los editores aseguran:

Y va siendo tiempo de que los profesionales del oficio crítico mediten la significación de que, quienes en verdad quieren la revolución social, digan su apremio con formas y con palabras que son patrimonio común y no rito esotérico de una cofradía; o si los verdaderamente revolucionarios pueden diagnosticarse por lo clásico de sus convicciones y lo romántico de sus anhelos. (1964, 5).

Pues bien, en esos versos juveniles vemos una actitud esencialmente romántica: la poesía tiene una actitud confesional, y en ella se atestiguan la incertidumbre del primer amor, los múltiples adioses que dejan impresas sus huellas en el recuerdo, la amargura que producen. Títulos como “Intima”, “Angustia”, “Súplica”, “Adiós”, “Soledad” “Expiación”, constituyen muestra de los tópicos amorosos usuales en el post-modernismo y evocan indirectamente a Neruo, a González Martínez, a López Velarde, de allí que con justeza, el poema se convierta en un ritornelo:

Murió el amor. Exacto; pero nació el recuerdo
Ya mis labios la ignoran, ya otros nombres abrieron
Sus corolas al íntimo estertor del momento.
Murió el amor. Correcto; pero en aquellos días,
Cuando amargado y solo me negó la existencia
Su más leve razón de seguirla viviendo,
Ella me dio los rumbos fugitivos del viento.
[...]
Murió el amor. Sin duda; pero cuánto ha existido
Desde aquella mañana desgajada de besos.
Testifican su muerte nuestros viejos rencores;
Pero, en cambio, quién duda que nos mata el recuerdo.
(1964, 59)

Y de recuerdos, justamente, están teñidos estos poemas que escapan a la identificación con otros autores, con otros poemas, puesto que son diversos, únicos, en forma y sentido. Su evocación de la experiencia amorosa, a trechos, se convierte en desvelo de la intimidad, con escenas de tinte casi naturalista:

Hace un año jamás habría creído
Que la dicha se debe terminar;
Hace un año, cual siglo en el recuerdo,
Que se apagó su luz en la Normal.
Ya estaban los jardines marchitados,
Ya estaba silencioso el corredor,
Y allá junto a los campos deportivos
Ella me dio su amor.
¿Después? A qué seguir, todos lo saben,
Lo saben, como yo,
Tiempo del viento negro, quién creyera
Posible una existencia sin amor.
(1964, 19-20)

No obstante, a pesar de los múltiples desencuentros que ellos narran, de evocar experiencias amorosas tantas veces fallidas, el libro se cierra con un par de composiciones que abren nuevas páginas, esta vez llenas de esperanza. Primero “Tú y yo”, y luego “Anunciación” invocan el encuentro definitivo con el amor.

Carlo Antonio Castro en su ensayo “José Luis Melgarejo Vivanco: el hombre y la palabra (SEV, 2008) subraya una segunda derivación poética: la de índole social. “Lumumba”, “Prometeo” y “Canto al país de Yucatán” son tres poemas extensos, publicados en la revista emblemática de la Universidad Veracruzana en su primera época los cuales, asegura el citado maestro, “son versos originados por la conciencia inmediata” (42) y muestran “el paso de la ciencia a la conciencia” (40). De ellos, conviene destacar el primero de ellos, una sentida elegía al héroe congolés, en ocasión de su prematura desaparición, en la cual el poeta se hace solidario con la causa libertaria de los últimos reductos coloniales europeos en África:

No eres polvo, Patricio,
Que los pueblos no mueren,
Ni se agosta el coraje, ni arrodillan la luz;
Hoy te miro más íntimo de las grandes victorias,
Con la urgida proclama de rescoldos en cruz.
(2008, 42)

Con una mayor proximidad a su ensayo histórico o antropológico, *Atavismo litoral* (1992) explora las dimensiones históricas, míticas o legendarias, de personajes, lugares y acontecimientos que

atañen a su quehacer intelectual como historiador o etnólogo. Poemas como “Tezcatlipoca”, “Huracán”, “Yanga”, “Bakalar” o “El viejo Usumacinta” constituyen reescritura de reflexiones, hipótesis, notas de trabajo, que escogen ahora el formato poético breve. “Naufragio”, por ejemplo, no es sino la trasposición concisa al verso de su “Historia de la navegación”, aunque, a final de cuentas, confluya en los vericuetos de la pasión que hemos descrito antes:

Te cambio mar, le dijo la galera...

...el trirreme miraba

Cómo desde las fuentes
Del Nilo Azul,
Del cenagoso Tigris,
La púrpura
Del cedro libanés,
A un lirio del Jordán, transfiguraba.

Te cambio mar, le dijo
La totora, en la vela.

El balancín,
Cabeceó lentamente;
Traía el infinito cansancio
De un rencor.
El hombre,
Había explorado los misterios oceánicos,
Menos la tempestuosa ruta del corazón.
(1992, 11-12)

También está aquí su inclinación hacia la mitología comparada, hacia el rastreo de las fuentes históricas. De Tezcatlipoca sentencia, al final del poema:

Tezcatlipoca,
Tótem celeste, fundador de clanes,
Adonis esculpido en obsidiana,
Condenado en la noche
A redimir pecados de las almas,
Al viejo Quetzalcóatl destruyó la serpiente
Disfrazado de águila.

Pero es en la poesía de carácter descriptivo donde su intuición halla imágenes de mayor lucimiento. Aquí la intención reflexiva cede paso al observador de la Naturaleza que captura hermosas imágenes, plenas de sensualidad:

Era en el Pantepec.

La luna, se bañaba en el río
Totalmente desnuda.
[...]
En la opuesta ribera,
Las farolas prendieron sus redondas pupilas
Al restregarle fósforo a la escama.
Era en el Pantepec.
La brisa ensalitrada, ya dormía
En el fondo del ancla.

(1992, 67)

O esta maravillosa estampa dedicada al Huitzilapan:

En la orilla del río,
He preguntado al junco
El destino final de la palabra;
Si se fugó en el tamo de la brisa,
Estreno de la cántara,
Limo de pluma,
Parto de la escama,
O si tan sólo ha sido:
Sombra de niebla en el perfil del agua.

(1992, 99)

O poemas donde la musicalidad que escuchamos detrás de las palabras le convierten en un canto nuevo:

Tres corceles blancos,
Después de nadar
En la poza clara
De aquel robledal,
Bajan con el alba,
Y en su relinchar,
El no herrado casco
Sangra su penar.

(1992, 88)

Pero no sólo es el poeta del amor esquivo, de la amargura por la experiencia amorosa cancelada, ni aquel de los motivos y tópicos populares. Melgarejo es un poeta, a secas, que explora formas estróficas, motivos, ritmos... Un poeta escasamente conocido como tal debido a la importancia que hemos concedido a una obra ensayística vasta, monumental. No obstante, en mitad de ella se halla emplazada una faceta que pocos conocemos y menos aún apreciamos. Sabio, como era, lo intuía perfectamente, y con un dejo irónico, nos ha legado a los críticos, estas breves pero videntes palabras:

Bajo aquel sol de nuestra tierra
Que tantas veces nos miró,
Vivir la gloria del poema
Que nunca nadie conoció

(1964, 34)

Bibliografía:

- (1950) *Toponimia de los municipios veracruzanos*; Xalapa: Editiv.
(1964) *Vieja rima*; Xalapa: Tlatoani.
(1979) *Los jarochos*; Xalapa: Gobierno del estado de Veracruz.
(1992) *Atavismo litoral*; Xalapa: Gobierno del estado de Veracruz.
(2008) *Selección de ensayos y poemas*; Xalapa: SEV.